

CAPÍTULO 1

LAS SANTAS ESCRITURAS

1. La Santa Escritura es la única regla suficiente, segura e infalible de todo conocimiento, fe y obediencia salvadores.¹ Aunque la luz de la naturaleza y las obras de la creación y de la providencia manifiestan de tal manera la bondad, sabiduría y poder de Dios que dejan a los hombres sin excusa², no son, sin embargo, suficientes para dar aquel conocimiento de Dios y de su voluntad que es necesario para la salvación.³ Por tanto, agradó al Señor, en distintas épocas y de diversas maneras, revelarse a sí mismo y declarar su voluntad a su Iglesia;⁴ y posteriormente, para conservar y propagar mejor la verdad y para un establecimiento y consuelo más seguros de la Iglesia contra la corrupción de la carne y la malicia de Satanás y del mundo, le agradó poner por escrito esa revelación en su totalidad, lo cual hace a las Santas Escrituras muy necesarias,⁵ habiendo cesado ya aquellas maneras anteriores por las cuales Dios reveló su voluntad a su pueblo.⁶

1. 2 Ti. 3:15-17; Is. 8:20; Lc. 16:29,31; Ef. 2:20

2. Ro. 1:19-21,32; Ro. 2:12a,14,15; Sal. 19:1-3

3. Sal. 19:1-3 con vv. 7-11; Ro. 1:19-21; 2:12a,14,15 con 1:16,17 y 3:21

4. He. 1:1,2a

5. Pr. 22:19-21; Lc. 1:1-4; 2 P. 1:12-15; 3:1; Dt. 17:18ss.; 31:9ss.,19ss.; 1 Co. 15:1; 2 Ts. 2:1,2,15; 3:17; Ro. 1:8-15; Gá. 4:20; 6:11; 1 Ti. 3:14ss.; Ap. 1:9,19; 2:1, etc.; Ro. 15:4; 2 P. 1:19-21

6. He. 1:1,2a; Hch. 1:21,22; 1 Co. 9:1; 15:7,8; Ef. 2:20

2. Bajo el nombre de la Santa Escritura, o la Palabra de Dios escrita, están ya contenidos todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, que son éstos: [A continuación están los nombres de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento y los veintisiete del Nuevo.] Todos ellos fueron dados por inspiración de Dios para ser la regla de fe y de vida.¹

1. 2 Ti. 3:16 con 1 Ti. 5:17,18; 2 P. 3:16

ANTIGUO TESTAMENTO			
Génesis	Éxodo	Levítico	Números
Deuteronomio	Josué	Jueces	Rut
1º Samuel	2º Samuel	1º de Reyes	2º de Reyes
1º de Crónicas	2º de Crónicas	Esdras	Nehemías
Ester	Job	Salmos	Proverbios
Eclesiastés	Cantares	Isaías	Jeremías
Lamentaciones	Ezequiel	Daniel	Oseas
Joel	Amós	Abdías	Jonás
Miqueas	Nahúm	Habacuc	Sofonías
Hageo	Zacarías	Malaquías	
NUEVO TESTAMENTO			
Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Hechos	Romanos	1ª Corintios	2ª Corintios
Gálatas	Efesios	Filipenses	Colosenses
1ª Tesalonicenses	2ª Tesalonicenses	1ª Timoteo	2ª Timoteo
Tito	Filemón	Santiago	Hebreos
1ª de Pedro	2ª de Pedro	1ª de Juan	2ª de Juan
3ª de Juan	Judas	Apocalipsis	

3. Los libros comúnmente llamados Apócrifos, no siendo de inspiración divina, no forman parte del canon o regla de la Escritura y, por tanto, no tienen autoridad para la Iglesia de Dios, ni deben aceptarse ni usarse excepto de la misma manera que otros escritos humanos.¹

1. Lc. 24:27,44; Ro. 3:2

4. La autoridad de la Santa Escritura, por la que ésta debe ser creída, no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia,¹ sino enteramente de Dios (quien es la verdad misma), el autor de ella; por tanto, debe ser recibida porque es la Palabra de Dios.²

1. Lc. 16:27-31; Gá. 1:8,9; Ef. 2:20

2. 2 Ti. 3:15; Ro. 1:2; 3:2; Hch. 2:16; 4:25; Mt. 13:35; Ro. 9:17; Gá. 3:8; Ro. 15:4; 1 Co. 10:11; Mt. 22:32; Lc. 16:17; Mt. 22:41ss; Jn. 10:35; Gá. 3:16; Hch. 1:16; 2:24ss; 13:34,35; Jn. 19:34-36; 19:24; Lc. 22:37; Mt. 26:54; Jn. 13:18; 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:19-21; Mt. 5:17,18; 4:1-11

5. El testimonio de la Iglesia de Dios puede movernos e inducirnos a tener una alta y reverente estima por las Santas Escrituras;¹ y el carácter celestial del contenido, la eficacia de la doctrina, la majestad del estilo, la armonía de todas las partes, el fin que se propone alcanzar en todo su conjunto (que es el de dar toda la gloria a Dios), la plena revelación que dan del único camino de salvación para el hombre, y muchas otras incomparables excelencias y plenas perfecciones de las mismas, son argumentos por los cuales dan abundante evidencia de ser la Palabra de Dios.² A pesar de ello, sin embargo, nuestra plena persuasión y certeza de su verdad infalible y su autoridad divina provienen de la obra interna del Espíritu Santo, quien da testimonio en nuestros corazones por medio de la Palabra y con ella.³

1. 2 Ti. 3:14,15

2. Jer. 23:28,29; Lc. 16:27-31; Jn. 6:63; 1 P. 1:23-25; He. 4:12,13; Dt. 31:11-13; Jn. 20:31; Gá. 1:8,9; Mr. 16:15,16

3. Mt. 16:17; 1 Co. 2:14ss.; Jn. 3:3; 1 Co. 2:4,5; 1 Ts. 1:5,6; 1 Jn. 2:20,21 con v. 27

6. Todo el consejo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su propia gloria, la salvación del hombre, la fe y la vida, está expresamente expuesto o necesariamente contenido en la Santa Escritura; a la cual nada, en ningún momento, ha de añadirse, ni por nueva revelación del Espíritu ni por las tradiciones de los hombres.¹

Sin embargo, reconocemos que la iluminación interna del Espíritu de Dios es necesaria para un entendimiento salvador de aquellas cosas que están reveladas en la Palabra,² y que hay algunas circunstancias tocantes a la adoración de Dios y al gobierno de la Iglesia, comunes a las acciones y sociedades humanas, que han de determinarse conforme a la luz de la naturaleza y de la prudencia cristiana, según las normas generales de la Palabra, que han de guardarse siempre.³

1. 2 Ti. 3:15-17; Dt. 4:2; Hch. 20:20,27; Sal. 19:7; 119:6,9,104,128

2. Jn. 6:45; 1 Co. 2:9-14

3. 1 Co. 14:26,40

7. No todas las cosas contenidas en las Escrituras son igualmente claras en sí mismas¹ ni son igualmente claras para todos;² sin embargo, las cosas que necesariamente han de saberse, creerse y guardarse para salvación, se proponen y exponen tan claramente en uno u otro lugar de la Escritura que no sólo los eruditos, sino los que no lo son, pueden adquirir un entendimiento suficiente de tales cosas por el uso adecuado de los medios ordinarios.³

1. 2 P. 3:16

2. 2 Ti. 3:15-17

3. 2 Ti. 3:14-17; Sal. 19:7-8; 119:105; 2 P. 1:19; Pr. 6:22,23; Dt. 30:11-14

8. El Antiguo Testamento en hebreo (que era el idioma nativo del pueblo de Dios antiguamente),¹ y el Nuevo Testamento en griego (que en el tiempo en que fue escrito era el idioma más generalmente conocido entre las naciones), siendo inspirados inmediatamente por Dios y

mantenidos puros a lo largo de todos los tiempos por su especial cuidado y providencia, son, por tanto, auténticos;² de tal forma que, en toda controversia religiosa, la Iglesia debe apelar a ellos en última instancia.³ Pero debido a que estos idiomas originales no son conocidos por todo el pueblo de Dios, que tiene derecho a las Escrituras e interés en las mismas, y se le manda leerlas y escudriñarlas⁴ en el temor de Dios, se sigue que han de traducirse a la lengua vulgar [es decir, común] de toda nación a la que sean llevadas,⁵ para que morando abundantemente la Palabra de Dios en todos, puedan adorarle de manera aceptable y para que, por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengan esperanza.⁶

1. Ro. 3:2

2. Mt. 5:18

3. Is. 8:20; Hch. 15:15; 2 Ti. 3:16,17; Jn. 10:34-36

4. Dt. 17:18-20; Pr. 2:1-5; 8:34; Jn. 5:39,46

5. 1 Co. 14:6,9,11,12,24,28

6. Col. 3:16; Ro. 15:4

9. La regla infalible de interpretación de la Escritura es la propia Escritura; y, por consiguiente, cuando surge una duda respecto al verdadero y pleno sentido de cualquier Escritura (que no es múltiple, sino único), éste se debe buscar por medio de otros pasajes que hablen con más claridad.¹

1. Is. 8:20; Jn. 10:34-36; Hch. 15:15,16

10. El juez supremo, por el que deben decidirse todas las controversias religiosas, y por el que deben examinarse todos los decretos de concilios, las opiniones de autores antiguos, las doctrinas de hombres y espíritus particulares, y cuya sentencia debemos acatar, no puede ser otro sino la Santa Escritura entregada por el Espíritu. A dicha Escritura así entregada, se reduce nuestra fe en última instancia.¹

1. Mt. 22:29,31,32; Ef. 2:20; Hch. 28:23-25